

# **SOUVENIR**

**Por Alejandro Aristimuño**

## I

Los rectángulos vidriados de las ventanillas del 148 parecían fotografías de un viejo álbum que pasaban a toda velocidad y a los tumbos delante de los ojos de marfil de Rafael Cútolo. Esas mismas imágenes ya las había visto reiterada y transitoriamente, pero esta vez, el joven las observaba con detenimiento porque iba a ser la última. O, al menos, ése era el plan.

El halcón verde no corría pero volaba bajo por el kilómetro 15 de la ruta provincial 53. Unas cinco cuadras atrás, en el cruce con avenida Buenos Aires, había quedado el mismísimo infierno varelense. Rafa se relajó sólo un poco y recostó su cabeza contra el frío aluminio del marco y dormitó. Cuando se despertó ya habían salido de La Capilla. Ahora el colectivo iba por la averiada avenida Calchaquí, pleno corazón de plomo de un desgastado Quilmes Oeste. A esa altura, el joven ya estaba por llegar a su destino, pero aún no sabía si realmente deseaba arribar porque era como volver a un pasado del que quería huir para siempre. Sin embargo, no tenía donde caerse muerto y estaba más solo que nunca, por lo que no le quedaba otra opción que ir a la casa de sus padres, adonde había nacido y vivido toda su vida hasta los últimos casi tres años.

El barrio seguía igual y hasta en algunos aspectos peor. Y esa monotonía lo deprimió. Así que decidió bajarse unas cuadras antes para ir a tomar un café a la estación de servicios y reagrupar las fuerzas con las que debía contar para volver al hogar. Ése había sido su ritual de la mayoría de los sábados del pasado semestre para aprovechar las míseras seis horas que le otorgaban para salir por semana. Pero esta vez era lunes, por lo que al entrar al sector del mini mercado y bar, la joven mesera, de pelo morocho, rasgos faciales toscos y cuerpo curvilíneo, se sorprendió al verlo.

Como siempre, él se sentó en la última mesa contra la ventana que daba a la avenida que, en ese momento, le resultaba muy molesta. Es que en el primer día hábil de la semana, el maltrecho asfalto era copado por los pesados camiones de carga, colectivos, camionetas, autos particulares, motos de distintas cilindradas y hasta los carros tirados por caballos de los botelleros, cartoneros y cirujas.

-Hola ¿Cómo estás? -preguntó la moza apenas Rafa terminó de acomodarse en la silla plástica con patas metálicas flacas y de apariencia débil-. Qué raro verte hoy por acá.

-¿Te molesta Cintia? -respondió él en broma, pero con su habitual tono tan seco como un Martini.

-No, para nada. Al contrario. Es que me sorprendiste -sonrió ella.

-Bueno, acostúmbrate, porque a partir de hoy me vas a ver más seguido por acá.

-Está bien. ¿Te sirvo lo de siempre?

-Sí. Gracias.

La morocha se alejó hacia el mostrador meneando sus caderas y a Rafa le gustó. De hecho, hacía rato que él se sentía atraído por ella pero hasta entonces había sido imposible cualquier tipo de encuentro íntimo entre ambos ya que él no tenía el tiempo para ello. Ahora las horas le sobraban, aunque los recursos escaseaban. De todos modos, sabía que tarde o temprano, se iba a dar. ¡Qué buena que está, por Dios!, pensó mientras seguía atentamente los movimientos de la chica, cuyos muslos iban envueltos en unas calzas negras. Cuando la figura de ella desapareció de su campo visual, levantó los ojos y advirtió que el encargado lo miraba y sonreía de manera cómplice.

Rafa bebió su café con leche, dejó la plata para pagar la cuenta sobre la mesa y salió a la calle, en dirección a su casa, con mucha más tranquilidad y la mente algo más despejada. Caminó por la vereda del colegio Sagrada Familia y al terminar de pasar por

la entrada enrejada de esa escuela, donde terminaba la edificación, vio que en el terreno baldío lindero habían construido un club social y deportivo. Un cartel de chapa con los colores italianos levantado por arriba de la pared rezaba “*Scampia*, Fútbol 5 y 11. Pádel y Quincho”. Estaba vacío porque era muy temprano pero parecía abierto, por lo que traspasó el portón de alambre para ver mejor las canchas y se detuvo a los pocos pasos. ¿Pádel? ¡Que al pedo! Ya nadie juega, se dijo.

El predio del club ocupada media manzana. La otra mitad pertenecía al colegio. Sin embargo, sólo tenía la entrada por la avenida. Una vez sorteado el portón se encontraba el estacionamiento, que no era más que un suelo de pura tierra y piedras delimitado por troncos que, a su vez, servían de bancos. Luego, hacia la derecha, estaba el buffet techado con una pequeña barra de cemento, algunas mesas y sillas de jardín, y la parrilla contra la pared lateral, en el otro extremo del ambiente.

Al lado funcionaba un quincho, igual al buffet pero sin mostrador y con tablonces y bancos de madera. Lindante se ubicaban los baños y vestuarios con duchas, tanto para hombres como para mujeres, aunque la mayoría de los usuarios eran masculinos.

La hilera de edificaciones continuaba con la cancha de pádel y, frente a ésta, la cancha de fútbol cinco con piso de cemento pero techada con un alto tinglado. Entre ambas había un pasillo en el que se veían unas bajas gradas orientadas hacia los dos lados y que se ofrecían como tribunas para el público aunque, en realidad, eran más útiles como perchero y repisa para los bolsos y prendas de vestir de los jugadores.

En el sector izquierdo del predio y hasta la mitad del mismo, justo a la altura donde terminaban las canchas de “papi” y pádel, se ubicaban las de fútbol siete, al aire libre e íntegramente de tierra. Estaban dispuestas en paralelo y separadas entre sí por alambres. Y por último, en perpendicular se desplegaba la de once que se extendía hasta el fondo del club y sí estaba cubierta de pasto, excepto en las dos áreas.

Mientras Rafa observaba las instalaciones desde el portón, Claudio Lorenzino entró al buffet para buscar algo de dinero y unos papeles de abajo del mostrador. Entonces vio al joven allí parado, chusmeando y le resultó una cara conocida.

-El club está cerrado -aclaró este hombre de unos treinta y pico, ancho de espalda, altura media, pelo castaño y ondulado y tez blanca; mientras se le acercaba a Rafa por el estacionamiento.

-Está bien. Ya me voy -respondió el joven y luego dio media vuelta para comenzar a caminar hacia la vereda.

-Pará. No te vayas tan rápido. No te estoy echando.

Rafa no quería más problemas relacionados con la propiedad privada y se aprestaba a huir rápido, pero se detuvo y se volvió para mirar a su interlocutor ya que también la parecía conocerlo de algún lugar.

-Disculpame, pero vos sos el hermano de Horacio, ¿no?

-Sí, ¿por?

-Soy Claudio. Fui al colegio con él.

-¡Ah, sí! Y vos sos el hermano mayor de Noelia, ¿no? Yo fui al colegio con ella.

-Claro. Noe tiene tu edad.

-Con razón tu cara me resultaba familiar. Seguro que nos habremos cruzado un montón de veces.

Claudio se acercó a Rafa y se dieron la mano. El joven seguía algo confundido porque no sabía qué hacía el otro allí y, encima, vestido de traje, por lo que se quedó mirándolo extrañado.

-Me enganchaste justo yéndome a trabajar. En realidad, el club lo atiende mi cuñado desde el mediodía. Sólo vine a buscar algunas cosas que ahora tengo que llevar a la Municipalidad.

-O sea, que sos el dueño.

-Sí. Abrimos hace unas semanas. ¿No lo habías visto antes?

-No. Pasa que ya no vivo más en el barrio.

-Cierto. Hace un tiempo me encontré con tu hermano y le pregunté por vos y me dijo que estabas en Varela.

-Claro. Igual ahora me vuelvo a mudar con mis viejos.

-Está bien. La situación está difícil para independizarse, ¿no?

-Ni hablar.

-Bueno Rafa, me tengo que ir a la oficina. Me alegra verte y que hayas vuelto al barrio. Cuando quieras pasá a la nohecita que siempre estoy. Decile a tu hermano y vénganse a tomar una cervecita y charlamos más tranquilos.

-Dale. Después nos vemos Claudio.

Los dos vecinos salieron a la vereda, donde Claudio cerró el portón con candado y abordó su 4x4 en la cual partió rápidamente. “A este sí que le fue bien, eh”, dijo Rafa mientras se alejaba aquel hombre diez años mayor que él y que alguna vez había sido íntimo amigo de su hermano. Ahora no sabía si se seguían viendo pero, a juzgar por los dichos de Claudio, seguramente no como antes. En ese momento se dio cuenta de que conocía cada vez menos cosas de la vida de Horacio. Y eso que él sí mantenía una fluida relación con sus padres que vivían a la vuelta del club.

Rafa caminó despacio los aproximadamente 150 metros que separaban *Scampia* de su casa, o mejor dicho, la vivienda donde había nacido y crecido, y que ahora sólo era habitada por sus padres a raíz de su ausencia forzada, por un lado; y la independencia finalmente lograda por su hermano mayor, del otro. Vio que tanto las veredas como las calles estaban casi devastadas por los constantes bombardeos del

olvido y la desidia del poder. Eran como ancianos seniles abandonados por quiénes debían cuidarlos y que, en cambio, los dejaban morir en medio de la pena y el dolor.

Mientras aceleraba el paso, el corazón le latía con más fuerza y velocidad dentro de un estado de ansiedad, nervios y temor muy profundos. La tensión de su cuerpo ya le resultaba normal, en especial, la que se evidenciaba en sus hombros. Ése era el resultado de sus últimos casi tres años de vida en los que todos los días, durante las 24 horas y sin excepción alguna, había que tirar para no aflojar y caer ante la amenaza permanente del daño.

Ahora habían cambiado las presiones pero el miedo, pero la intensidad seguía prácticamente igual. No tenía ni la menor idea de cómo iban a reaccionar sus padres, particularmente su mamá, Elena Stroganov, quien no había evidenciado ninguna modificación de su habitual comportamiento. En tanto, en sus últimas visitas sí había advertido que su papá Ángel estaba cada vez más deprimido.

Se paró delante de la casa y respiró hondo antes de tocar el timbre del portero eléctrico. El aparato estaba protegido por una reja metálica negra que cubría todo el frente de la vivienda: un chalet de dos plantas, con techo de tejas rojas y paredes de ladrillos a la vista. Había un pequeño jardín delantero, multicolor, como un arco iris que descendía hacia la calle y enmarcado por una escalinata y entrada de garaje de relucientes lajas a tono con las rejas.

Elena le abrió la puerta a su hijo, quien se rascaba su cabeza casi rapada. Apenas se veía algún vestigio de su pelo negro y ensortijado que a la mujer tanto le había costado peinar cuando Rafa era un niño. Lo vio más delgado aunque siempre había sido un muchacho flaquito al que no le gustaba mucho comer. Además, con su metro ochenta de altura, esa contextura se acentuaba visualmente. Vestía un pantalón de jean claro y gastado, zapatillas de lona y una remera lisa debajo de un buzo tipo campera,

con cierre y capucha pero que lo llevaba abierto. Cargaba su bolso de siempre y en su rostro angosto se podía divisar la preocupación que lo invadía. Sus ojos celestes parecían de agua cristalizada y eso que era marzo y el verano se resistía a irse. Su boca grande estaba cerrada y permanecía tan quieto que sólo parecían moverse sus orejas alargadas.

-Hola má.

-¡Llegaste hijo! Pensé que iba a venir más tarde. Pasá, pasá.

Cuando Rafa pasó por al lado de su madre, una ucraniana cincuenta, maquillada, vestida y peinada de manera impecable, la abrazó pero no demasiado fuerte para mantener cierta distancia. El joven notó que su mamá estaba cada vez más gorda, lo que no lo sorprendía ya que era una mujer que a pesar de que siempre se había quejado de su peso nunca se cuidaba en las comidas. Además, a Elena le encantaba cocinar y lo hacía de manera deliciosa.

El joven entró al living comedor, que era el ambiente que daba al frente del chalet, y no observó cambios importantes. La mesa y sillas de roble seguían ubicadas hacia la derecha, al lado de la ventana y junto al televisor. A la izquierda, estaban los mismos sillones con un estampado floreado horrible, pegados al mini bar. La planta baja se cortaba a la mitad por una barra de madera y mármol que separaba la cocina en la que se podía ver la cacerola sobre la hornalla encendida.

En el extremo posterior, el piso de mosaico se levantaba en un desnivel que servía para anunciar el nacimiento de la escalera que llevaba hacia la planta alta donde estaban las tres habitaciones y un baño. El otro *toilette* funcionaba justamente debajo de los escalones, apenas se salía de la cocina.

El piso superior tenía la extensión del living comedor y el garaje juntos. La pieza matrimonial tenía balcón hacia el parque del fondo y en igual sentido estaba ubicado el dormitorio de Rafa. El de Horacio, en tanto, miraba hacia la calle pero no tenía balcón.

El fondo era un rectangular sector parquizado con pileta y un quincho. Era el lugar preferido del joven, donde había pasado la mayor parte de sus 21 años recién cumplidos. Ahora sentía cierta satisfacción al re encontrarse allí, pero no era completa porque la idea de que ya no le pertenecía le revoloteaba constantemente por la cabeza.

-¿Dónde está papá? -preguntó Rafa a su madre mientras dejaba caer su bolso en una de las sillas del living comedor y Elena comenzaba a poner la mesa.

-Está arriba. En el estudio.

-¿Estudio?

-Sí. Se armó una oficina en la pieza de Horacio. Ahí se la pasa encerrado todo el día.

-¿Sigue sin salir de la casa?

-Sí. Sigue hecho un pelotudo.

-Bueno, pero ahora tiene su oficina, quiere decir que está trabajando.

-¿Trabajar? ¡Ojalá! Hace changas para que esta casa no se vaya a la mierda.

-¿Y vos no trabajás?

-Sí, me ocupo de la casa, como siempre. ¿Te parece poco? Cuesta mantenerla así como se ve.

-No, no, má. Tenés razón. Sólo preguntaba.

-Además, no me voy a poner a trabajar ahora que volviste. Te toca a vos ser el hombre de la casa de una vez por todas.

-Sí, ya lo sé. Pero después hablamos de eso. Voy a saludar a papá.

Ángel estaba sentado junto a un escritorio, mirando absorto la pantalla de su computadora, cuando Rafa entró a la exhabitación de su hermano. Estaba casi a oscuras, fría. Aquel hombre alto y menudo que había sido un genio de la economía estaba ahora pisando los sesenta, cada vez más encorvado, pelado, arrugado y esquelético. Parecía muerto pero, en realidad, agonizaba desde hacía poco más de tres años cuando perdió su trabajo en el *Banco Quilmeño*, al que le había dedicado sus mejores primaveras, incluso más que a su familia.

-Hola pá.

Ángel se paró con dificultad y caminó lentamente hasta la puerta donde lo aguardaba su hijo menor, su preferido. Primero lo tomó de los hombros, lo miró a la cara y lo besó en la frente. Después lo rodeó con sus brazos.

-¿Cuándo llegaste? No te había escuchado.

-Recién.

-Me alegra que hayas vuelto, hijo.

-¿En serio?

-Claro. Y espero que te quedes -respondió el padre, con su típica voz monocorde y frases de pocas palabras, pero claras y que iban directo al grano.

Muchos lo criticaban por considerarlo una persona llana pero, en realidad, sólo tenía gustos simples, sencillos.

-Esperemos. ¿Y qué trabajo estás haciendo? -preguntó Rafa para cambiar radicalmente el tema de una conversación que desnudaba su repetido sentimiento de culpa que cada vez que le atravesaba el cuerpo lo dejaba duro pero quebrado, como las cáscaras de un huevo bien cocido. Y entonces el joven temía quedar completamente vacío, justamente como esas cáscaras.

-Hago asesoramientos financieros para algunos empresarios. Con esto de la Internet y el *e-mail* accedo y manejo toda la información que necesito sin moverme de acá -contestó Ángel señalando la pantalla de su computadora.

-¡Qué bien! Bueno pá, después me contás todo. Ahora vamos que ya casi está la comida. Mamá nos espera.

Padre e hijo salieron de la habitación abrazados, más que nada para evitar que Ángel rodara por las escaleras. Y aquel cuadro se pareció más a la superposición de dos fotografías de un mismo hombre tomadas en distintas épocas.

Ciertas personas definen cada una de sus acciones pero en el caso de Ángel, éste era definido por lo que él hacía y al mismo tiempo por lo que no podía hacer más. Y así fue cómo se rompió el *Hilo de Ariadna* que solía unirlo con el resto de su mundo.

La mesa de roble del living comedor era tan larga como la pared del frente donde ésta era atravesada por el amplio ventanal que daba a la calle. Durante el almuerzo, y como en cada una de las comidas que allí se habían servido en la historia familiar, Elena se sentaba en un extremo, el más cercano a la cocina, mientras que Ángel se acomodaba en el opuesto. Y en el medio y de frente a la puerta, estaba Rafa. El lugar de Horacio había sido el del otro lado largo del rectángulo y siempre permanecía vacío cuando él no se encontraba presente.

Cualquier extraviado o desconocido que hubiera visto a aquellos tres comensales pensaría que se trataban de momias o de una imagen congelada. Así le gustaban las cosas a la ama de casa que actuaba como si todo siguiera igual y nada hubiera pasado. Pero era sólo una fachada porque del “Imperio” Cútolo sólo quedaban sobras que ella estaba empeñada en conservarlas sólo para sí.

-¿Ya conseguiste trabajo? -preguntó la mujer a su hijo que comía en silencio.

-No, má. Tengo que empezar de cero. Y digamos que mis últimos contactos no son la mejor referencia para trabajar.

- ...

La sangre azul recorrió las venas de Elena, quien observó a su hijo y siguió callada, insatisfecha.

-Pero mañana ya empiezo a buscar. Lo que sí, voy a necesitar un poco de plata, más que nada para moverme.

-Por eso no te preocupes –indicó la madre-. Veinte pesos te alcanza, ¿no?

Rafa la miró sorprendida y luego se volteó hacia su padre, que casi no había tocado el plato y parecía aturdido, con la vista enfocando a la ventana.

-Y... esperaba un poco más.

-¿Más? No te olvides que son veinte dólares.

-Pero no por mucho tiempo más. Este uno a uno ha sido la mentira más grande del país -intercedió Ángel al escuchar la opinión financiera de su esposa.

-¡¿Y vos que sabés?! Si no salís ni a la puerta. No tenés idea de lo que cuestan las cosas hoy en día. ¿Cuándo fue la última vez que pisaste el supermercado? ¿Qué me acompañaste a hacer las compras? ¡¿Eh?!

Ángel miró los ojos encolerizados de su esposa y calló. Agachó la cabeza, hizo un gesto de negación con ligeros movimientos de un lado al otro y probó un trozo de la carne al horno con papas.

-Bueno, no discutan. Con veinte pesos me arreglo.

Y en ese preciso momento Rafa recordó por qué en los últimos meses, pudiendo haber visitado a sus padres por más tiempo durante los fines de semana no lo había hecho. Las personas se adaptan a cualquier cosa y él lo había hecho en el peor de los escenarios. Sin embargo, ahora sentía que no lo iba a poder lograr en su casa. Cualquier

otro en su lugar, habiendo pasado lo que él padeció, se sentiría a gusto y protegido. Pero él no. De hecho, una imperiosa necesidad de irse de allí lo tomó por asalto. Quiso salir corriendo y a los gritos por el medio de la calle, pero no lo hizo ya que andaba por la vida con el freno de mano puesto.

Quedaba claro que el joven debía conseguir un trabajo rápidamente y así empezar a ahorrar para poder independizarse. Pensó en ir a ver a su hermano. Pero Horacio también está en la suya. Ahora tiene que hacerse cargo de su propia familia, reflexionó. El principal problema de Rafa no era laboral, sino que no tenía a nadie a quien acudir.

## II

La primera mañana desde su regreso encontró a Rafa desayunando solo en la cocina. Era muy temprano para esperar la compañía de su madre y, mucho menos, la de su padre. Antes de tener que abandonar su casa, el joven solía dormir bastante pero ahora apenas podía pegar un ojo en toda la noche. Sin embargo, aquella madrugada había sido la más tranquila de sus últimos años, lo que acababa de confirmar que ya se había acostumbrado a dormir muy poco.

Rafa quería salir temprano hacia la casa de su hermano Horacio, quien vivía en Bernal junto a su esposa Lorena y su hija Pilar. Deseaba verlo y a su sobrina también ya que de esta última sólo recordaba algunas pocas imágenes de cuando era apenas un bebé. Elena le había contado durante la cena de la noche anterior que la mujer de Horacio estaba nuevamente embarazada, por lo que el joven le iba a llevar un regalo para felicitarlo a él ya que con su cuñada nunca se había llevado bien, en parte, porque la culpaba de haber alejado a Horacio de la familia. Es que Lorena provenía de una familia adinerada, siempre había mirado a los Cútolos desde un pedestal y trataba a su marido, que había sido su único novio desde la adolescencia, como un esclavo.

El joven salió hacia la parada de colectivos y, como no se acordaba cuál lo llevaba directo hasta Bernal, se tomó el “blanquito” hasta la estación de Quilmes Centro. Desde allí se subió al 324 que lo dejó en la puerta de la Universidad Nacional, a pocas cuadras de la casa de su hermano, en el coqueto Barrio Parque.

Caminó por las amplias veredas que delimitaban los coloridos y muy bien mantenidos jardines de los chalets que parecían extraídos de una maqueta. Demasiada belleza para ser real. Le llamó la atención el buen estado de las construcciones, algunas bastante viejas, y, en especial, que la mayoría no tenía rejas, al contrario de lo que

ocurría en casi todo el conurbano. Lo que más sorprendía a Rafa era que las viviendas estuviesen tan poco protegidas cuando era de público conocimiento que dentro de las mismas había muchos objetos de valor. Y le quedó claro que a los vecinos de ese barrio todavía les preocupaba más cuidar la imagen y el buen gusto a pesar de los riesgos que ello podía implicar. Y esa idea le dio cierto placer, una pequeña sensación de que no todo estaba perdido.

Llegó a lo de su hermano cerca de las 7.30, justo cuando éste estaba por salir a llevar a su hija al jardín. Pilar ya estaba por cumplir cuatro años y al verla de la mano de su padre, vestida con su uniforme, no pudo creer lo grande y hermosa que estaba.

-Hola -arrancó Rafa mientras se acercaba al auto de Horacio, quien colocaba a su hija en el asiento trasero con su cinturón de seguridad.

-¡Rafa! ¡¿Cómo andás?! ¡¿Que hacés por acá?!

-Todo bien. Salí ayer.

-¡Qué bueno! -expresó Horacio sorprendido, luego abrió la puerta del conductor y se sentó detrás del volante para poner en marcha su vehículo.

-Hola Pili, ¿cómo andás? -señaló Rafa asomándose un poco hacia el interior del auto por el hueco de la ventanilla-. ¿Te estás yendo al jardín?-continuó tratando de romper el hielo.

La niña miraba a su tío confundida, como si se tratara de un completo desconocido.

-Es tu tío Rafa, ¿te acordás? -explicó Horacio aunque Pilar siguió callada, seria.

-Perdón que no se acuerde de vos pero pasó mucho tiempo y ella era muy chiquita cuando te fuiste.

-No te hagas problema. Lo entiendo. ¿Podemos hablar?

-Sí. Pero ahora estoy apurado. Subite y acompañame. Después del jardín tengo que ir hasta el centro de Quilmes. Charlemos en el viaje y después te dejo ahí, ¿te parece?

Rafa se subió al auto de su hermano y ambos partieron. El jardín de Pilar estaba en la zona céntrica de Bernal, por lo que la mayor parte del viaje los hermanos estuvieron solos y pudieron hablar.

-¿Estás bien? -preguntó Horacio, quien conducía por una avenida Rodolfo López colmada de vehículos.

-Sí, que se yo. Medio aturdido todavía, acomodándome.

-Me imagino ¿Estás parando con mamá y papá?

-Sí. Pero no sé si tengo ganas de quedarme ahí por mucho tiempo. En esa casa pareciera que las cosas nunca cambian.

-Ya lo sé ¿Por qué creés que voy a visitarlos cada vez menos?

-Claro -respondió Rafa con cierta ironía y una pizca de cinismo para disimular su opinión sobre Lorena y su poder de decisión sobre las cuestiones familiares de su marido.

-Sé muy bien lo que pensás de mí y de mi mujer. Siempre fue igual. Pero no me importa.

-No te dije nada chabón, ¡relajá!

-Y yo nunca quise que te quedaras solo.

-No te culpo por eso, aunque podrías haberte esforzado un poco más por verme, ¿no?

-¡Pará, pará!, vos mismo dijiste que no querías visitas.

-No quería visitas que me hicieran sentir peor, como mamá, que cada vez que venía a verme me seguía cagando a pedos. Y también sé que fue ella la que después le

dijo a papá y a vos que no fueran más. Pero, ¿sabés qué? No importa. Olvidate. Hacé de cuenta que ni siquiera vine. Dejame acá.

-Aguantá que no te hice nada. No te la agarres conmigo.

-No me la agarro con vos. Sólo vine a saludarte para saber cómo estabas y pedirte que me des una mano para conseguir laburo. Lo necesito urgente.

-Mirá Rafa, no es el mejor momento, que digamos, y no sólo en la empresa. Hay mucha recesión y poco trabajo. Está todo parado y la economía se está yendo a la mierda de nuevo. Pero si sé de algo te aviso, ¿sí?

-Está bien. Con cualquier laburo me conformo, lo que sea.

Rafa bajó del auto de su hermano sabiendo que la promesa de Horacio era casi, casi, un rotundo rechazo. No lo sorprendió pero aquella pequeña satisfacción que había sentido una media hora antes ahora había dejado su lugar a una bronca que lo acompañó a cada paso por una peatonal del centro quilmeño atestada de gente. Por un momento estuvo cerca de perder el control y pensó en ir a comprar una bolsita a la estación, pero no tenía dinero y menos aún quería quedar debiéndole a alguien. En cambio, entró al bar que estaba en frente a la terminal ferroviaria y se pidió una cerveza. Era temprano pero hacía calor, así que el mozo no lo miró con mala cara cuando le tomó el pedido.

Mientras iba por la mitad de la cerveza de litro recordó lo mucho que le gustaba esa bebida y cuánto había extrañado ese sabor. La disfrutó a cada sorbo, haciéndola deslizar lentamente por su boca y hasta la garganta. Se calmó un poco y la memoria le trajo a su mente otros placeres de su pasado. Entre ellos, y el más importante, el de Karina Torres, su exnovia ¡A ella sí que la extrañaba!

El joven terminó la botella y decidió ir a verla. Ella vivía en la barranca, así que podía llegar hasta allí caminando y en cuestión de minutos. Pagó la cuenta y salió en aquella dirección ya que no tenía otra cosa mejor que hacer. En el primer tramo del

recorrido, Rafa se sintió un poco mareado por el alcohol y tuvo que parar varias veces para sentarse en algún banco de plaza y así retomar el equilibrio. Ahora estaba excitado y ansioso, por lo que su enojo había quedado relegado, adormecido.

La casa de Karina era prácticamente una mansión, una especie de castillo blanco que se erigía sobre la calle Videla que descendía hasta la ribera de Quilmes. El jardín delantero seguía siendo un paraíso de colores que traspasaban el aire humedecido por las gotas del agua que saltaban de la imponente fuente situada justo en el medio, delante del ventanal del living.

Le pareció ver una arcada de luz dorada pero dudó porque aún se sentía medio atontado por la cerveza mañanera. Tocó el timbre con un dedo índice tembloroso, esperando que la joven se encontrara en la casa ya que habitualmente ella cursaba en la Facultad por la mañana, según lo había anoticiado su madre.

Como si el destino le guiñara un ojo, Karina fue quien abrió la puerta. La chica se quedó helada, con gesto adusto y la mano apretando el picaporte.

-Hola Kari.

-Hola.

-¿Cómo estás?

-Rafa, ¿qué estás haciendo acá?

-Salí ayer. Vengo de ver a mi hermano y pensé en venir a saludarte después de tanto tiempo ¡Estás hermosa!

La joven, de pronunciada altura, una melena rubia y ojos verdes, se había vestido como para ir a bailar. Parecía una modelo, con su maquillaje y peinado perfectos. Siempre había sido coqueta pero Rafa nunca la había visto así cuando eran novios.

-Gracias. Vos también te ves bien. No estás tan cambiado.

-Por ahí no cambió tanto mi imagen pero te aseguro que otras cosas sí cambié.

-Me imagino. Después de todo lo que pasó. Ni siquiera yo sigo siendo la misma.

-¿Puedo pasar?

-La verdad es que justo me estaba por ir a la facu. Así que tengo que terminar de prepararme.

-Te espero y después te acompaño, ¿querés?

-No quiero ser mala onda, pero me cuesta entender cómo te da la cara para venir a verme después de todo lo que hiciste.

-Me parece que estás exagerando porque no sabés muy bien qué fue lo que pasó.

-Hablé varias veces con tu mamá.

-¿Y qué fue lo que te contó?

-La verdad es que ya importa.

-¿Se lo contaste a alguien?

-¡Ni loca! Suficiente vergüenza pasé con que se enteraran mis padres.

-Kari, yo sé que lastimé a mucha gente, incluyéndote. Pero nunca quise abandonarte. Me tuve que ir. No me borré porque quise.

-Mirá Rafa, yo sé que no la pasaste bien y el punto no es si tuviste la culpa o no. Lo único que sé es que no quiero tener a una persona como vos en mi vida. Y menos en este momento que estoy bien. Porque para mí también fue difícil, ¿sabés? Me tuve que bancar solita todas las críticas y presiones de mi familia. Y vos lo conocés muy bien. Sabés cómo son.

-Sí, lo sé. ¡¿Cómo olvidarme?! Pero bueno, fue difícil para todos. Vos ahora me hablás de presiones y críticas pero no tenés idea de lo que eso quiere decir. Créeme. Si me dejaras que te cuente, lo entenderías.

El placer de haber visto al amor de su vida se había desvanecido. En ese momento ya no tenía ganas de besarla ni abrazarla. Pero no le quedó otra opción que contener su frustración ya que la reacción de la joven, como la de todas las personas que él había vuelto a ver en las pasadas 24 horas, era de esperarse.

-Me imaginaba que ibas a ponerte así porque no fuiste capaz de venir a verme ni una sola vez. Pero no quise aceptarlo y traté de olvidarte, y mirá que tuve tiempo de sobra para hacerlo, pero no pude.

Karina siguió parada en la puerta y le sumó lágrimas a sus ojos.

-Rafa, entiendo que la pasaste muy mal y justamente no quiero hacerte sentir peor ahora. Hasta me gustaría poder ayudarte, pero no puedo.

-Sí que podés.

-Pero tampoco quiero, ¿entendés?

-Sí, sí, eso ya lo entendí. Digo, capaz que podés hablar con tu papá a ver si él me consigue un laburo en la fábrica. En serio, necesito trabajar.

-¡¿Estás loco?! Mi viejo no te puede ni ver. Por favor, andate.

Rafa vio que no había caso en seguir insistiendo, por lo que comenzó a caminar hacia la vereda. Habría querido darle un beso de despedida, aunque sea en la mejilla, pero no se animó. Ya había sufrido demasiados rechazos por una mañana.

Rafa pasó el resto del día dando vueltas por Quilmes. Su mente estuvo intensamente ocupada en tantos temas que se olvidó de almorzar. De todos modos, ya casi no le quedaba plata para comprar algo de comer y tampoco quiso volver derrotado, una vez más, a su casa. Así que deambuló durante horas, tratando de que la impotencia derivada de sus encuentros con Horacio y Karina escampara.

Paseó por la peatonal de Rivadavia, de punta a punta, a pesar de que le resultó muy incómoda y hasta invasiva la exagerada cantidad de transeúntes. Cada vez que llegaba a la plaza de la estación para sentarse a fumar un cigarrillo recordaba a “Purita”, aquel hombrecito que solía venderle en la parada de colectivos, del otro lado de la calle a la que daban las boleterías. Sabía que aquel *transa* ya no frecuentaba más ese lugar porque los policías de la comisaría primera de Quilmes lo habían detenido porque no recibían la cuota de “seguridad” que habían pactado y luego de aquel incidente lo obligaron a desaparecer. Algunos dijeron que los efectivos lo habían matado a golpes y enterrado en un descampado cerca de la autopista. Otros, que Purita tuvo tanto miedo de que eso ocurriera realmente que se mudó al interior del país, donde tenía familiares lejanos.

Hay tantas cosas que no salen en los diarios ni en los noticieros, pensó Rafa, mientras daba otra pitada y sentía que un escalofrío le recorría el cuerpo. Cansado, decidió volver al barrio para ver si se encontraba con algún viejo compañero de colegio, los mismos que él había abandonado antes de terminar el secundario y que hasta ese entonces le devolvían la gentileza.

Se subió al colectivo con las últimas monedas que tenía y dormitó hasta que bajó en Calchaquí y avenida 12 de Octubre. Pasó por la puerta del Perpetuo Socorro que hacía horas había cerrado el turno tarde y al ver el cartel de *Scampia* decidió entrar para ver si le fiaban una cerveza. Se sentía demasiado cálido para estar tan cerca del otoño y Rafa llevaba la boca bastante reseca. Me hago el que me olvidé la billetera en casa y que le traigo la plata mañana, se dijo el joven mientras entraba al buffet, donde, para su alivio, vio a Claudio detrás del mostrador.

-Rafa, ¿cómo andas? Che, disculpame que ayer te traté medio mal pero estaba apurado. Vení, sentate ¿Tomamos una cerveza? -se excusó el encargado al ver que el joven cruzaba la puerta.

-Todo bien Claudio. No te hagas drama -señaló Rafa sorprendido porque casi que le habían leído la mente,

-Dale, dale, yo invito. Así charlamos un rato.

Al joven le resultó rara aquella situación, al punto que casi podía asegurar que Claudio sabía lo que le había ocurrido y ahora sentía lástima por él. Esa idea lo molestó pero, a su vez, entendía que se trataba de una misma condena. Así que se sentó a la mesa en silencio, esperando que su interlocutor tomara la iniciativa para luego responder con sus clásicas evasivas. Es que no había ninguna otra persona sobre la faz de la Tierra que sintiera más vergüenza que él por lo que había hecho.

-¿En qué andás Rafa?

-No mucho. Estuve buscando laburo todo el día pero no conseguí nada. Un garrón.

-Y es que está muy difícil la mano.

-Eso fue justamente lo que me dijeron todos.

-¿Y tu hermano no te puede conseguir algo en la empresa de los suegros?

-No sabe, cree que no, pero no depende de él.

-Es cierto. No te chamuya. Él es un empleado más y la plata es de la mujer. ¿Y estás estudiando?

-No por ahora. La idea es conseguir un laburo para ganar un poco de plata y bancarme los estudios.

-Pero podés ir a estudiar a una pública.

-Seguro, el problema es que los viáticos y los apuntes también salen plata.

-Claro -asintió Claudio y luego apuró un sorbo de su cerveza para sortear la incomodidad del último tramo del diálogo. Bebió unos segundos más, en los que Rafa también se quedó callado y mirando hacia las canchas donde un grupo de chicos disputaban un luchado partido cuya intensidad se reflejaba en la polvareda que se levantaba del suelo.

-Si querés, podés venir a darme una mano acá en el club. Mucho no te puedo pagar, pero suma -propuso el dueño del predio tras depositar el vaso de cerveza nuevamente sobre la mesa.

-¿En serio? -Se asombró Rafa-. Sí, quiero, aunque no sé en qué puedo trabajar yo. No sé mucho de clubes.

-No te hagas problemas. Mi conuñado Pedro es el que se encarga de que todo funcione. Pero cada vez tiene menos hora libres por su otro trabajo en la Municipalidad, así que le vendría bien una mano. Él te va a saber decir en qué.

-Perfecto. Empiezo mañana mismo, si querés.

-Hagamos una cosa: Pedro está por llegar para entrenar con el equipo de fútbol de los sábados. Quedate y cuando terminamos hablamos los tres, ¿te parece?

-Dale, no hay drama. ¿Así que tienen un equipo propio en el club?

-Más o menos. En realidad, es *El Nápoli Argentino*, un equipo con el que jugamos los sábados en un torneo en la ribera y en la semana entrenamos acá.

-¡Qué buena onda! Entonces me quedo así los veo entrenar y después arreglamos con tu conuñado.

Claudio le estrechó la mano a su joven vecino y le ofreció que se terminara la cerveza solo porque él se tenía que ir a cambiar para después entrenar. Rafa, por su parte, se quedó sentado tomando con alegría y mirando en la televisión la previa del partido que su querido Boca iba a jugar al día siguiente contra Cobreloa de Chile, por la

primera fase de la Copa Libertadores y con el objetivo de repetir la consagración del año anterior, otra vez, de la mano de Bianchi y Riquelme.

En los primeros días del otoño, cuando Rafa empezó a trabajar en *Scampia*, el plantel del *Nápoli* (así figuraba su nombre en las planillas del torneo, además de resultar más práctico no utilizar la nomenclatura compuesta) entrenaba en el club ya que la idea de Claudio era fortalecer el equipo, que por entonces no jugaba con la casaca que hacía honor a su nombre sino con una amarilla y negra, para mejorar los resultados del torneo anterior. Pero no todos los jugadores iban a las prácticas ya que en medio de la semana, y por la noche, muchos no podían faltar a otras responsabilidades vinculadas al trabajo, familia y estudios. Sí estaban presentes varios de los que habían protagonizado la temporada anterior como los hermanos Marcos y Nazareno Giannini, primos de Claudio; Silvio Pizarro y Vicente Rodríguez, ambos compañeros del dueño de *Scampia* en el laboratorio donde también trabajaba Nazareno y Waldo Vaisman, quien había dejado de jugar para ser el nuevo entrenador en lugar de Flavio Russo. Mientras que Andrés Arbeloa y Leonardo Pasini, el menor de los primos de Claudio y los hermanos Giannini, habían jugado el último año y ahora también entrenaban.

Otros, en cambio, a raíz de los malos resultados y otras motivaciones personales habían dejado el equipo, como los defensores Alexis, Agustín y Roberto, y el talentoso Emiliano “el Gordo” González. Y por ello se habían incorporado al plantel varios refuerzos: el volante Daniel Somoza, el delantero Gerardo Caruso, amigos del flamante entrenador; y los defensores Julio Lozano y el conuñado de Claudio, Pedro Lazzari. Este último también se hacía cargo de las prácticas ya que era profesor de Educación Física y los sábados solía ir a los partidos acompañados de su compinche Juan Da

Rocha para sumar más gente en caso de que alguno ya convocado faltara sin avisar, algo bastante frecuente por aquellos días.

Pedro, por razones obvias, Julio, vecino del barrio, y Daniel sí concurrían a los entrenamientos pero Gerardo no, al igual que otros miembros originales del equipo como Mario Russo, hermano menor de Flavio; Gabriel Ramírez y Martín Lorenzino, hermano de Claudio.

El viento norte hacia volar la tierra seca de las canchas que no se caracterizaban por su verdor. Así que los jugadores se fueron ahogando en un sudor que, como si fuera pegamento, atraía el polvo del aire y formaba un unguento sobre la piel.

Al finalizar el entrenamiento, Claudio, Nazareno, Marcos y Waldo se quedaron charlando en el buffet ultimando detalles para el debut del sábado en un nuevo torneo. El resto de los que estuvieron en la práctica ya se había retirado, así que Rafa se acercó hasta la mesa donde estaba los cuatro referentes del equipo para escuchar lo que hablaban. Claudio vio que su nuevo empleado se interesaba, por lo que lo invitó a sentarse con ellos.

-Rafa, ¿cómo lo viste al equipo? -preguntó el encargado mientras apuntaba a una silla que le había reservado a su flamante ahijado laboral.

El joven se acercó, saludó a los otros chicos, los que fueron presentados uno por uno por Claudio, y se sentó a la mesa ante la atenta mirada de los demás, que aguardaban ansiosos su respuesta.

-Bien, muy bien. Hay buenos jugadores.

-No, pará, en serio te pregunto. Decí lo que te pareció de verdad -lo espetó Claudio, mitad sincero, mitad en broma.

-Te hablo en serio. Juegan bien. Tampoco los vi demasiado ¿Faltaron muchos hoy?

-Y sí. Bah, como siempre, entrenamos los que podemos, no es obligatorio. Somos más que nada un grupo de amigos, buscamos el equilibrio entre eso y un equipo serio.

-O sea, el que falta en la semana juega el sábado igual. La idea es que juguemos todos -intervino Marcos, un joven de pelo cobrizo, ojos azules y facciones pequeñas, bien definidas.

-Claro, entiendo. Está bien -asintió Rafa.

-Aunque para ganar, a veces, hay que aguantarse en el banco más que otro -acotó Nazareno, quien, a diferencia de su hermano, tenía el pelo más oscuro, ojos marrones y nariz más alargada.

-Seguro. ¿Y cómo les fue el torneo pasado?

Ante esa pregunta, todos se callaron e intercambiaron sonrisas y cruces de miradas hasta que Waldo decidió afrontar la realidad.

-Terminamos cuartos.

-¡Ah, bien!

-De atrás para adelante -continuó el entrenador al tiempo que los otros reían a carcajadas-. Contale vos Clau o Naza, que ustedes llevan las estadísticas.

Muchos de los jugadores, en especial los que trabajaban en el laboratorio y los primos, habían jugado juntos en 1999 un torneo en Varela, pero como el clima allí se empezó a poner cada vez más turbio, al año siguiente se incorporaron a los campeonatos de la *Liga Kilmeña*, que se disputaba en el predio del viejo Rómulo. Allí, el primer partido oficial del *Nápoli* había sido en abril, cuando el equipo venció 2 a 1 a *Deportivo Amistad* con dos goles de Mario, un delantero habilidoso pero bastante egoísta. Pero el conjunto dirigido en aquel entonces por Flavio, quien había co-fundado el equipo cenando pizzas y bebiendo cerveza un día de semana con su amigo Claudio, luego fue

alternando tantos triunfos como derrotas, algunas catastróficas. La primera de ellas, un 0-7 frente a *Las Salinas* al final de la rueda inicial del torneo. En ese encuentro, como atenuante, los napolitanos apenas alcanzaron a formar con ocho jugadores, incluyendo al técnico y a Claudio, que el día anterior había sido padre de su segundo hijo, lo que no le impidió darle una mano al conjunto.

Pero lo peor iba a venir en la segunda ronda. A fines de octubre, el equipo cayó 2-11 frente a *General Belgrano*. Esta vez completaron el equipo, pero les faltó un arquero. Esa situación fue determinante ya que los rivales advirtieron lo que ocurría y le pegaron al arco desde todos lados. Uno de los goles fue convertido prácticamente desde la mitad de la cancha y lo más tragicómico fue que se trató de un tiro relativamente débil ya que la pelota picó varias veces antes de superar al arquero y tocar la red.

Sin embargo, esta clara inferioridad no privó a Mario, compañero de Claudio en la delantera, de darse el lujo de marcar el segundo gol después de gambetear a toda la defensa rival sin pasársela a un compañero mejor ubicado y definir suavemente con un delicioso taco. Finalmente, el goleador festejó con un “es para vos, puto”, al tiempo que señalaba al arquero rechoncho que había quedado en el camino.

Ése rival era un gran equipo, con jugadores de experiencia y que en la primera vuelta ya le había ganado al *Nápoli* por 3 a 2. Algo similar ocurrió con otro contrario de esa temporada: *Don Bosco FC*. A mediados de noviembre, ése equipo venció a los napolitanos por 13 a 1. El único gol del perdedor lo marcó Claudio.

*Don Bosco FC* ganó las dos ruedas del año sin mayores problemas y entre sus filas contaba con un volante central que era un verdadero fenómeno, además de otros jugadores que no paraban de correr y tocar.

Lo más curioso fue que, a pesar de que las diferencias entre ambos equipos eran abismales, el partido de la primera rueda había terminado apenas 1-2 a favor del

campeón. De todos modos, ése fue un resultado mentiroso ya que Marcial se atajó todo para *El Nápoli* y tuvo que revolcarse en el frío barro invernal (se jugó en el primer turno de una mañana de principios de agosto) para no pasar una vergüenza mayor. El gol en ese partido lo marcó Mario, que terminó como máximo anotador del equipo con diez conquistas, dos más que Claudio.

-No te tenía tan goleador, Clau -interrumpió Rafa aprovechando que Nazareno hacía una pausa en su repaso histórico.

-El mejor era Mario, igual, porque además de meter goles jugaba muy bien -respondió Claudio, humilde.

-Lástima que a veces juega para él solo -agregó Marcos.

-En ese gol que le hizo a General Belgrano, me acuerdo que corrí al costado de Mario, onda Valdano con Maradona en el 86', pero nunca me la dio, ¡ja! -retomó Nazareno, quien acababa de regresar del baño.

“Ése pibe es tremendo”, continuó el menor de los hermanos Giannini y contó una nueva anécdota relacionada con la polémica figura del equipo: era un mediodía de invierno y el equipo perdía por una amplia diferencia. Estaba por comenzar el segundo tiempo y Mario miró al banco de suplentes y dijo “bueno, por lo menos ahora voy a tirar un par de caños”.

-Pero tuvimos partidos buenos. Le ganamos las dos veces al *Naranja* y una a La Quebrada.

-Sí Clau, pero perdimos los dos partidos contra Gavilán -recordó Waldo.

-No me hagas acordar. Igual, el problema es mantener una base en el plantel y no tener que esperar hasta último momento para saber quién viene a jugar. Por ese tema se calentó el técnico.

-¿Quién es el entrenador? -preguntó Rafa, quien venía cargando con esa duda al no haber visto durante la práctica a alguien que cumpliera esa función. Más allá de que las indicaciones futbolísticas las daban Claudio y Waldo, y las vinculadas a los ejercicios físicos partían de Pedro.

-Flavio, hermano de Mario -respondió Marcos.

-Ah.

-Rafa, vos tenés que entender que este es un equipo muy especial. Hasta una estrella de rock vino a jugar varias veces con nosotros porque nos faltaban jugadores -acotó Claudio.

El joven nuevo miraba sin entender, no sabía si se trataba de una broma hasta que Marcos le contó la historia de Facundo, quien además de rockear y cantar arriba de los escenarios era, su vez, un delantero flaco, rápido y habilidoso. No tenía pinta de futbolista; sin embargo, en una ocasión convirtió tres goles en un triunfo 7 a 5 ante *Las Salinas*.

-Ése sí que fue un partido raro: Andrés, jugando de lateral izquierdo también hizo tres goles.

-Che, Naza, ¿qué pasó con Andy? Se fue rápido después de entrenar.

-Me dijo que tenía que terminar un trabajo para la facu que entrega mañana.

Así repartía su tiempo aquel grupo de amigos de la infancia, compañeros de trabajo, de colegio, vecinos y conocidos de la vida; todos unidos por la pasión de jugar un rato a la pelota. Y aquella situación llevó a Rafa a sentir sintió un poco de envidia porque veía que a los napolitanos además les iba muy bien fuera de la cancha y cumplían con los deberes demandados por una sociedad cada vez más exigente sin la necesidad de descuidar su gusto por el ocio, algo muy difícil de lograr.

### III

El último día marzo, *El Nápoli* debutó por el Torneo Apertura ante *La Quebrada* con otras expectativas ya que el objetivo era apuntar más arriba que el campeonato anterior. Pero no sólo por ambicionar un triunfo sino también para colocar al equipo en el grupo de los grandes de la categoría. Y esa idea se había afianzado en una pretemporada de febrero y principios de mes en la que hubo dos triunfos, dos empates y una sola caída en partidos amistosos. En estos encuentros se había reafirmado también la capacidad goleadora de Claudio y Mario. Por su parte, Flavio finalmente dejó la conducción técnica y fue reemplazado por Waldo, quien aprovechó que no podía seguir jugando ya que arrastraba problemas en una de sus rodillas y debía operarse.

Ante el inicio de un nuevo ciclo con un entrenador y refuerzos nuevos sobran las ganas y las expectativas volaban alto. Además, era el debut en el ataque del rápido y habilidoso Mane, y del luchador Daniel en un mediocampo con mucha marca y sacrificio.

Finalmente, el estreno ante *La Quebrada*, que vestían una remera amarilla y azul a rayas verticales como la de Rosario Central, fue con un triunfo por 4 a 3, con dos tantos de Gerardo y otros dos de Mario.

La victoria del debut subió la apuesta del equipo y su rendimiento ya que le siguieron un 2 a 0 contra *El Puente*, con goles de Claudio y Nazareno; y un 2-1 frente a *Camaradas*, gracias a las conquistas de Claudio y su hermano, quien ocupaba un puesto como defensor y casi siempre de titular. El resto de la defensa era habitualmente ocupada por Silvio en el lateral izquierdo, Vicente como último hombre y Julio de lateral derecho.

El medio campo se había tornado bastante combativo ya que jugaban Marcos, Nazareno, Daniel y Andrés. Y arriba estaban Claudio, Mario y/o Gerardo.

Desde el banco, Pedro, Leonardo (a quién sus compañeros pasaron a llamar simplemente “Leo”) y Gabriel entraban bastante seguido. Y si alguien faltaba, Juan siempre estaba dispuesto a ocupar distintas posiciones, en especial, las defensivas.

A pesar de los buenos resultados, Waldo y Claudio se mostraron preocupados durante el último entrenamiento previo al partido frente a *Toronto* por la cuarta fecha ya que Marcial no iba a poder atajar. Y la preocupación no era para menos ya que el arquero había tenido un rendimiento superlativo en los primeros tres encuentros, en especial, frente al *Puente*.

Luego de la práctica, Waldo, Claudio y Marcos se reunieron en el buffet de *Scampia* para resolver aquel problema.

-Clau, ya hablé con el primo de Rober y me dijo que este sábado puede venir a atajar, así que ya está todo arreglado para mantener la punta.

-¿Seguro, Marcos? Mirá que es un partido difícil y no podemos darnos el lujo de no tener un arquero. ¿Y El Polaco?

-Me dijo Vicente que tiene que laburar. Pero quedate tranquilo, que si el Negro Martincho me dice que viene, viene. Y ataja bien. Además, ya atajó con nosotros un par de partidos el año pasado, ¿no te acordás?

“El Polaco”, primo de Vicente, había atajado más partidos que Marcial en la temporada anterior pero ahora las estadísticas estaban invertidas. Sin embargo, el segundo de ellos, por razones de estudios, tuvo que terminar turnándose por igual con el primo de Roberto.

-Está bien. Igual, la cagada es que a Andy lo suspendieron y venía jugando bien en su nuevo puesto en el medio -intervino Waldo.

Mientras tanto, Rafa estaba detrás del mostrador y escuchaba con atención ya que durante todo ese mes se había interesado cada vez más en el equipo y eso le daba ganas de jugar, aunque sabía que iba a tener que esperar a que le dieran una oportunidad. Recordó su estadía en Varela, cuando mataba el tiempo con alguna actividad física y sintió alivio de haberse dedicado a eso porque ahora le daba cierta preparación ante su potencial convocatoria al *Nápoli*.

El joven creyó que ante la ausencia de Andrés, Claudio le iba a decir que jugara pero no fue así. La reunión de los que manejaban el equipo transcurrió sin que aquella deseada invitación llegara a sus oídos. De todos modos, Rafa transitaba una etapa en la que se enfocaba más en reamar su vida, fundamentalmente, gracias al trabajo en *Scampia*, el cual le aportaba cierta independencia económica y también nuevas relaciones personales que se caracterizaban por afectarlo positivamente, al revés de las que había tenido desde chico y que, afortunadamente para él, estaban casi desaparecidas.

La cancha 1 estaba en el extremo derecho del predio deportivo del , al que se entraba por un camino de tierra y piedra, muy angosto y que se abría paso entre el espeso bosque de la ribera de Quilmes, una zona en mal estado desde el comienzo de la caída de la clase media argentina y el descontrolado desarrollo de una economía basada principalmente en determinados capitales extranjeros especulativos que sólo aumentaban la desocupación (y por ende, la pobreza) y, en este caso particular, la contaminación ambiental. El Río de la Plata era a esa altura de la costa una inmundicia, lo que no impedía que los humildes habitantes de la zona, siempre castigados por las inundaciones derivadas de la sudestada, se bañasen en sus aguas cuando el calor del verano húmedo apretaba a esas personas privadas de cualquier otra vía de refresco.

Cada vez que paso por ese lugar recuerdo cuando mi papá me contaba como su padre lo llevaba todos los domingos de verano hasta allí para bañarse como si se tratara del mar de la Costa Atlántica. Solían pasar todo el día a orillas de río. Pescaban, nadaban, hacían picnic con mi abuela y luego, con sólo unos veinte minutos de viaje, estaban de regreso en su casa.

El resto del complejo del viejo Rómulo tenía por entonces una cancha de siete que separaba la 1 de la 2, y se ubicaba justo enfrente del buffet, que no era más que un quincho con techo de chapas y paredes de cemento revocadas, pero sin pintar. A su costado se encontraba el primer vestuario, arriba del cuál funcionaban las oficinas del único dueño de aquel predio en el que trabajan sus dos hijos, aunque era el anciano el que tomaba todas las decisiones.

Hacia la izquierda estaba la cancha 3, que no tenía alambre perimetral, por lo que el banco de suplentes era tan amplio como lo deseasen quienes lo ocupaban y, finalmente, se situaba el otro vestuario, que daba a la otra entrada y salida del predio, que era la menos usada porque la calle estaba en peor estado que la principal.

El estacionamiento para los vehículos eran los espacios libres que quedaban entre los viejos sauces y paraísos que adornaban el lugar rodeado por descampados que alcanzaban el terraplén de la Autopista Buenos Aires-La Plata.

A fines de abril, *El Nápoli* estrenó su condición de puntero en la cancha 1 frente a *Toronto*, con el primo de Roberto en el arco y la ausencia de Andrés. El resto del equipo habitual estuvo presente pero no pudo evitar una dura derrota por 6 a 4. El equipo siempre fue perdiendo y se vio superado por un rival que mostró un alto rendimiento, como lo haría en todo el torneo. Entre los napolitanos se destacó la tarea, una vez más, de Claudio, quien anotó los cuatro goles.

El goleador salió de la cancha paladeando un sabor agridulce ya que acababa de obtener su mejor marca de goles en un mismo partido, pero que no había podido evitar que su querido equipo perdiera.

-Viniste inspirado hoy, eh -le dijo un hombre bastante mayor, que se movía con dificultad.

Claudio le agradeció el comentario con un ligero movimiento de cabeza. Luego se le acercó, le estrechó la mano y siguió caminando.

Por su parte, a Rafa, quien había pasado por lo del viejo Rómulo para ver el final del partido antes de comenzar después del mediodía su jornada laboral en *Scampia*, le había llamado la atención la presencia del aquel hombre, por lo que fue el encuentro del goleador para preguntarle por el saludo afectuoso entre ambos.

-¿Quién era ése, Clau?

-El padre de la esposa de Julio. Nuestro hincha más fiel. Viene siempre a vernos.

-¿Lo vi mal o me parece a mí?

-Está muy enfermo. Tiene un cáncer terminal.

-Uh, ¡qué cagada! ¿Y qué hace acá? ¿No le hace mal?

-Viene para distraerse. Así también empezó Julio.

-¿Ah, sí?

-Claro. Jorgito empezó a venir porque lo invité yo después de que tuvo un drama con su hijita. La idea era tratar de sacarlo, aunque sea un rato, de ese quilombo y que viniera a despejarse. Y le gustó, así que se quedó -contó Claudio antes de ingresar al vestuario en el que ya se bañaban y/o cambiaban varios de los jugadores del plantel.

El padre de la esposa de Julio, en tanto, acompañó a su hija, yerno y al equipo todo lo que pudo hasta que en el agosto siguiente el cáncer terminó con su vida, justo un sábado que había partido del *Nápoli*.

Rafa notó aquel martes que el ánimo del plantel napolitano durante el entrenamiento no era el mejor. La derrota ante *Toronto* había derrumbado la ilusión de sentir la gloria en las manos. La charla técnica de Waldo, con comentarios de Claudio, fue larga y ocurrió después de una práctica de la que no pudieron estar presentes muchos de los jugadores. Es más, apenas terminadas las observaciones del entrenador, casi todos se fueron rápidamente a sus casas, cansados y de mal humor.

-Clau, si les falta gente que se comprometa a ir todos los sábados, llamen a alguien que sí pueda ir siempre, así no tenés que estar hasta último momento viendo cómo formar el equipo -sugirió Rafa a su jefe al verlo meter el bolso de ropa en la camioneta con un fuerte resoplido.

Claudio advirtió que su joven empleado seguía parado junto al vehículo, esperando a que él decidiera retirarse y dar por cumplida la jornada laboral. En los días de práctica era el dueño quien se encargaba de cerrar el club. El resto de la semana, lo hacía su madre ya que la mujer vivía más cerca del club que él. Además, en cada día de trabajo que le era posible, Claudio trataba de quedarse en la oficina hasta altas horas de la noche.

-Pasa que no es tan fácil. Vos pensá que somos todos amigos o compañeros de trabajo los que jugamos. Si alguno de los habituales falta y vos le traés al otro sábado un desconocido porque va a venir siempre o juega mejor, no creo que se lo vaya a bancar más de un par de veces -respondió Claudio ubicado de costado en el asiento del conductor, con ambos pies fuera de la camioneta, colgando a escasos centímetros de la superficie pedregosa del estacionamiento ya desierto.

-¿No hay la suficiente confianza como para hacer eso?

-Sí, la hay, pero siempre va a estar el dilema de jugar sólo para ganar o para divertirse. Por ejemplo, Naza y Marcos son amigos desde siempre de Andy y Gabriel, un chico que no viene a entrenar porque juega al hockey pero que va los sábados. También de Marcial, el arquero, y Emiliano, que andaba bárbaro pero que este año parece que no va a venir. Y yo trabajo con Waldo, Naza, Vicente y Silvio. De algunos hasta soy el jefe. También está mi hermano. Así que es difícil tomar esas decisiones cuando hay este tipo de relaciones de por medio. Además, con Waldo ya dijimos de decirle que venga el Toro, un flaco conocido que la rompe. Igual, sabemos que éste tampoco va a poder venir todos los sábados.

-Bueno, si querés, yo te doy una mano. Puedo ir a jugar cuando sepas, de antemano, que va a faltar alguno. Además, no hay problema con el entrenamiento porque estoy siempre acá, en el club.

-¿Vos jugás?

-Sí, no soy un fenómeno, pero me gusta jugar. Soy metedor, tengo buen estado.

-Y me hubieras dicho antes, gil. El jueves le digo a mi vieja que te cubra en el buffet y entrenás con nosotros, ¿te parece?

-Dale.

-¿Sabes qué? La verdad es que yo no me acuerdo de haberte visto jugar de chico cuando andaba con tu hermano y hacíamos los picados barriales.

-Es que de pendejo no jugaba mucho.

-Ya me parecía ¿Y cuándo empezaste a jugar?

-De más grande. Cuando me fui.

-Disculpá que pregunte, pero, ¿dónde estuviste todo este último tiempo?

-En Varela.

-Sí, algo de eso supe, pasa que en el barrio se dijeron muchas cosas, ¿viste?

-Me imagino.

-Te digo porque había comentarios jodidos. Aunque uno nunca sabe si son verdad.

-Creo que nadie conoce la posta, así que no creas todo lo que se dice por ahí.

-Está bien, perdoná que me haya metido.

-No te hagas drama, está todo bien, Clau.

-¿En serio?

-Sí, sí. La única verdad es que tuve muchos bardos que capaz algún día te cuente. Pero quédate tranquilo, que ya está todo solucionado.

Claudio supo en ese instante que el joven prefería guardar en secreto la historia completa y que debía tener sus razones para hacerlo; de todos modos, decidió confiar en él porque tampoco le había mentido.

Lo cierto era que por el filo de esa delgada línea entre ocultar y engañar desfilaban los chismes del barrio sobre Rafa, los cuales abarcaban un abanico que iba desde la internación por drogas, el encarcelamiento por robo, la fuga de hogar con una novia embarazada y hasta la muerte. Y como sus padres siempre habían sido reservados y nunca salieron al cruce de esas versiones, estas quedaron sin confirmarse. Es como si ciertas personas que proyectan una imagen de cierto status social alto no pudieran aceptar, por orgullo, vergüenza o terquedad, que siguen siendo como el resto de la gente, esa mayoría que padece día a día un país con problemas sumamente serios.

Alguna vez, un profesor de Historia me dijo durante una clase en la Universidad que el argentino es un italiano que habla español, que piensa como inglés y quiere ser norteamericano, aunque vive “en el culo del mundo”.

## IV

Rafa salió de su casa apurado para encontrarse con Luis Vera en la Plaza Conesa del centro de Quilmes como lo hacía todos los fines de semana de las últimas quincenas. La idea era ir a ver el partido del Boca de Bianchi contra Racing, por la octava fecha del Torneo Apertura. El equipo *xeneize*, del que ambos jóvenes eran fanáticos, venía invicto y puntero, como hacía muchos años que no lo lograba. Más precisamente, desde aquellos planteles del “Maestro” Tabárez, seis y siete años antes, que los hinchas bosteros no estaban tan entusiasmados.

Luis era por entonces el mejor amigo de nuestro protagonista. Ambos se habían conocido a fines de agosto en el viaje de egresados cuando descubrieron que compartían la misma pasión por el fútbol y el rock de Los Redondos. De hecho, unos meses antes de relacionarse se habían visto de casualidad en un recital ricotero en la cancha de Racing ya que mantenían varios conocidos en común. Es que si bien Luis vivía en Berazategui, el muchacho pasaba la mayor parte del tiempo en Quilmes, al igual que Rafa, ya que estudiaba en el Normal de esa ciudad y también salía de noche por allí.

Con la vista nublada y algunos mareos derivados de la resaca, Rafa llegó a la plaza cuando su amigo se encontraba junto a otros chicos que paraban allí con sus motocicletas. Aquel grupo se reunía a fumar, beber y, para completar la diversión, tirar gas oíl en las esquinas para derrapar con sus rodados.

También le “tiraban caño” a los automovilistas, en especial, Luis, quien estaba acostumbrado a esas peligrosas carreras ya que en su barrio, ubicado a la vera de la ruta, desafiaba hasta los patrulleros policiales.

-¿Qué pasó anoche cagón? Te fuiste tempranito, eh –le dijo Luis, en broma, a Rafa al ver que su amigo se desplomaba sobre uno de los bancos de cemento y madera ubicado alrededor de la fuente, totalmente seca y resquebrajada.

-No daba más chabón. Eso que tomamos me mató.

-Sos una nena. No te la bancás. Eso es lo que pasa -continuó Luis y luego se sentó junto a Rafa para ofrecerle una seca.

-No, gracias amigo, necesito un cigarrillo común.

-¿Te fuiste a lo de Karina, al final?

-Sí, pero estaba tan hecho mierda que no me dio ni bola.

-Ya te dije, gil. Es una chetita, igual que vos, así que no se te va a entregar así nomás. Heceme caso, dejá de perder el tiempo queriendo ser el noviecito.

-¡Pará tarado! Yo no soy ningún cheto. Igual, eso no tiene nada que ver porque no la voy a dejar justo ahora. Eso sí que sería haber perdido el tiempo. Ya llegué hasta acá, estoy muy cerca. Y voy a seguir intentando porque quiero ser el primero.

-¡Que metejón que tenés con esa piba! Nadie dice que la dejes, te digo que le des bola a otras minas también. Ayer cuando te fuiste cayeron unas pendejas divinas. Fue el chamuyo más fácil de mi vida.

-¿Garchaste?

-No, pero me tiraron la goma. Así que en la próxima salida ya está.

-¿Y quién es?

-Ni idea. Nunca la había visto por el bar. Pero me dijo que es de Quilmes. Así que alguna vez la habremos visto por ahí.

Rafa notó que su amigo estaba inquieto, acelerado y más despierto que nunca. Vestía la misma ropa que la noche anterior, por lo que asumía que no había dormido. Es

más, intuía que Luis había estado dando vueltas solo con su moto de un lado al otro hasta que los demás empezaron a reunirse después del mediodía en la plaza.

-¿Comiste Luisito?

-No, no tengo hambre. Me tomé unas birras. Ahora cuando vayamos a ver el partido pedimos una pizza.

-Dale. Yo almorcé algo rápido con mis viejos apenas me levantaron.

-¡Uy, flaco!, tus viejos están cada vez más densos.

-¿Qué querés que haga? Mi viejo, desde que quebró el banco a principios de año está re mal y me da un poco de pena.

-Pero no es tu culpa, che. Además, no es el único que se está quedando sin trabajo en este país de mierda.

“Luisito” se quejaba de lleno porque sus padres, como estaban separados y casi sin poder hablarse, le daban todos los gustos aprovechando su buen pasar económico. El chico había asistido a la escuela primaria en un colegio bilingüe en Ranelagh pero su padre, Héctor, cansado de que se llevara materias y malgastar su dinero, decidió que hiciera el secundario en una escuela pública y cerca de la madre, para que ésta estuviera un poco más a cargo de su hijo descarriado.

Rafa sabía toda esa historia pero, una vez que su amigo se la contó una noche de excesos y melancolía, no la comentó más porque a Luis aquella relación conflictiva le dolía en lo más profundo de su ser, aunque externamente lo disimulase. Por esa razón decidió no opinar sobre el asunto para evitar una confrontación inútil. Así que prefirió seguirle la corriente.

-¿Sabés qué? Lo que más lástima me da es que mi viejo le dedicó toda su vida a ese banco de mierda, dejando de lado a su familia con tal de ganar unos pesos más y

ahora los dueños se borraron con toda la guita y lo dejaron sin nada. Mirá, no me hagas acordar, mejor vamos a ver el partido al bar que hoy Palermo seguro lo vacuna a Sessa.

El *Banco Quilmeño* había cerrado a mediados de marzo cuando estaba en el puesto 32 del ranking de depósitos y mantenía fluidos contactos con lo más alto de la comunidad judía en Argentina y la cultura porteña. Su caída generó un gran revuelo ya que, si bien restituyó todas las cajas de ahorro, plazos fijos y cuentas corrientes, fue el primer banco en dejar a la deriva a cientos de ahorristas que habían comprado obligaciones negociables de la entidad.

Los problemas del banco habían empezado en 1996, con el *tequilazo* mexicano que llevó a que su dirigencia aceptara pasar de ser una cooperativa a una sociedad anónima, lo que le permitió recibir aportes de capital.

A partir de esa nueva política, los dueños buscaron dinero a través de una financiera pero ésta, después de casi dos años, comenzó a tambalear, por lo que los banqueros apuntaron a otros potenciales socios. Mientras tanto, aportaron inmuebles de las empresas vinculadas y hasta pusieron el banco a la venta. Finalmente, la financiera le retiró unos 50 millones y el *Quilmeño* fue suspendido por el Banco Central.

Rafa y Luis iban en la Honda XR 100 de éste último por las calles del centro quilmeño en dirección a la estación, donde pensaban encontrarse con Purita para concretar una nueva compra semanal. Habitualmente, con la cantidad que compraban cada vez les alcanzaba para toda la semana pero ahora, con el reciente y más repetido desenfreno de Luis, la mercancía no llegaba a durar hasta la noche del domingo.

-Luisito, ¿de dónde vamos a sacar la plata para pagarle?

-Tranquilo, Rafa. Le decimos que se la vamos pagando en cuotas.

-¿Seguro? Mirá que yo ya no sé de dónde sacar más guita. Mis viejos no son boludos y ya no me pasan ni un peso de más.

-Relajá, amigo. Primero hablemos con él y después vemos. La plata siempre se puede conseguir de alguna u otra manera. Tu problema es que pensás demasiado, ¿lo sabías?

Rafa no respondió porque le pareció un delirio lo que su amigo acababa de decirle ya que, justamente, no era pensar a lo que se dedicaba en el último tiempo. Entonces se rio con sorna y se agarró fuerte de la cintura de Luisito, quien conducía a gran velocidad y en zigzag por la intensa avenida Yrigoyen.

Llegaron a la parada del 300, en la vereda de enfrente a la estación ferroviaria y vieron a Purita junto al puesto de diarios, a metros de la puerta del hotel alojamiento, su ubicación habitual, casi diaria. Desde allí, con muy poco esfuerzo y dedicación ganaba el suficiente dinero para no necesitar de otro trabajo. Este joven de 25 años era un hombrecito de baja estatura y cara de hombre maduro. De hecho, casi todos los que lo conocían le daban más edad de la que tenía. Había pasado toda su vida en el centro de Quilmes y sabía de memoria cómo funcionaban esas calles, además de tener un fluido contacto con quiénes las manejaban. “Es más feo que pisar mierda descalzo pero la tiene clara y vende de la buena”, le había dicho Luisito a Rafa la primera vez que lo llevó a verlo.

Aquella tarde en la que ambos amigos lo fueron a buscar, Luis estaba desesperado y no le importó que hubiera ido en un horario que no era el que estaba pautado de antemano. Por eso, Purita lo recibió de mala gana y antes de que le hablara le hizo un gesto de reprobación con una serie de movimientos laterales y rápidos de su cabeza.

-Te estás zarpando, pendejo. Recién se acaba de ir el jefe de calle y se te veía acá nos mataba a los dos. ¿No te dije nunca vengas a la tarde temprano? ¡Sos boludo, eh!

-Sí, ya sé. Perdoname -se disculpó Luis mientras acomodaba la moto sobre la vereda de baldosas rotas.

-¿Lo de siempre?

-Sí, pero tengo un problema, así que te tengo que pedir un favor.

-¡Ah, pero si estás hecho un pelotudo importante! Pibe, encima que venís cuando se te canta, no tenés la plata. ¿Me estás jodiendo?

-Una parte sí, pero te juro que el resto lo consigo en un par de días.

-Rajá de acá, pendejo. Si no veo la guita no te doy nada. Andá, andá y llevate a tu noviecita antes de que se haga encima -amenazó Purita señalando a Rafa, quien había permanecido en silencio durante toda la discusión.

-Está bien, está bien. Hagamos una cosa: reservame lo de siempre que en un rato vengo con toda la plata. Te lo prometo.

-Mirá Luis, vos no me vas a decir a mí lo que tengo que hacer. Si querés volver, volvé, y si la tengo, la tengo. La pagás y te la llevás, ¿ok?

Luisito asintió, luego agachó la cabeza y caminó hasta la moto en la que Rafa ya lo aguardaba, asustado. Era la primera vez que ir a comprarle a Purita se había convertido en un viaje de riesgo. Pero, curiosamente, el peligro mayor aún no había aparecido en escena.

-¡Sos un boludo! El chabón se calentó mal. Encima le prometiste que ibas a volver en un par de horas con la guita. ¡¿De dónde carajo la vas a sacar?! Yo no tengo más nada -retó Rafa a su amigo mientras ambos viajaban hacia la farmacia de la madre de Luis, ubicada en la peatonal.

La idea de Luisito era ir a pedirle el dinero a su madre Stella Maris, con quien se llevaba mucho peor que con su padre, al igual que sus dos hermanos menores. Las diferencias entre madre e hijo radicaban, principalmente, en que la mujer mantenía relaciones informales con distintos hombres. Y ella, con tal de que su hijo mayor no se quejara de dicha situación, le daba cualquier gusto, aunque estuviera totalmente en desacuerdo con lo que luego hacía el chico.

Sin embargo, esta vez fue muy distinto. Luis estaba como loco, hacía dos días que no dormía ni comía y su madre lo sabía, ya que su exesposo la había llamado por la mañana y hablado con un tono de suma preocupación.

-No te voy a dar más plata hasta que no empieces a hacerme caso. No podés hacer siempre lo que se te canta y encima seguís fumando. Sabés que lo odio porque tu abuelo se murió de cáncer de pulmón y no te importa.

Luis estaba parado en la puerta de la farmacia haciendo aros de humo con su boca, desafiante, irreverente, como un típico adolescente rebelde y sin causa. Aunque en su caso, sus travesuras eran muchas más serias que las del resto de los chicos de su edad. Y el problema era que él no se daba cuenta y los que sí lo hacían tenían demasiado miedo o incapacidad para hacer algo al respecto.

-¡Mamá, no me rompás las bolas! Vos hacés lo que querés con tus machos y no te calienta que te vean como una puta.

Stella Maris se quedó muda delante de su hijo. Sólo atinó derramar algunas lágrimas que recorrieron su rostro todo pintarrajeado. Es que sintió como acababan de clavarle un puñal en el pecho y exprimido hasta sus últimas fuerzas para defenderse de semejante ataque.

-Andá a casa hijo, por favor, te lo suplico. Dejá la moto, come algo y dormí. Vos también Rafa. Pórtense bien.

Rafa vio a aquella mujer impotente y sintió la misma lástima que tenía por sus padres. Tomó a su amigo del brazo para llevarlo hasta la moto y abandonar el lugar lo antes posible, pero Luis se resistió y lo apartó de un empujón.

-Me voy cuando me des la plata -retrucó el joven, inmutable y mirando a los ojos de su madre, totalmente vulnerada.

-No te voy a dar nada. Así que andate. ¡Váyanse!

Luisito escupió en el piso, cerca de los pies de su madre, dio media vuelta y se subió a la moto. Lo hizo de manera tan brusca y torpe que cayó. Su amigo atinó a ayudarlo a levantarse, pero Luis lo hizo solo, sin permitir que lo asistieran. Segundos después, ambos jóvenes montaron a la Honda y salieron por una de las calles laterales de la peatonal hacia la plaza

“Vieja puta. Si ni siquiera es de ella la guita. Se la dan sus machos”, se quejó Luis cuando se sentaron a fumar en uno de los bancos de la plaza, la cual empezaba a llenarse de gente ya que era el horario de salida de los alumnos del turno tarde.

-¿Y tu viejo no te dará algunos mangos como para zafar? -preguntó Rafa tratando de calmar a su amigo, quien seguía masticando una bronca tremenda.

-No me jodas Rafa. Si vos sabés que mi viejo ya me dio todo lo que tiene. Más no puede hacer él. La posta es que a esta mina se caga en sus hijos, ¿entendés?

Rafa nunca había visto a Luis tan fuera de sí. Apretaba la mandíbula bien fuerte y eso hacía resonar sus muelas. Siguieron fumando un rato más, en silencio, mientras miraban pasar a los chicos que salían de la escuela, los más pequeños acompañados con sus padres y los más grandes en grupos de a cuatro o cinco.

Muchos de esos jóvenes tenían más o menos la misma edad que los dos amigos pero a diferencias de éstos, en sus rostros se podía advertir que disfrutaban de la

escuela. Y eso molestó a Rafa porque él nunca había aprendido a estar plenamente cómodo en el colegio. Quizás porque iba al turno mañana y tenía que madrugar, aunque ese horario siempre le había permitido tener las tardes libres.

-Ya fue Luis. Vámonos de acá. Hagamos algo copado –propuso Rafa y luego se paró junto al banco.

-No, Rafa. Yo no aguantó más. Tengo que ir a verlo a Purita.

-¡Otra vez con eso! Dejate de joder. Además, ¿de dónde carajo vas a sacar la guita?

-Tengo una idea. Vamos a necesitar la moto, así que subite ¡Dale! -respondió Luisito y de un salto se montó en su rodado.

Rafa accedió resignado y se abrazó a su amigo, como si atara su destino al de él, y la moto arrancó a toda velocidad por la calle Conesa. Luego, Luis tomó por Lavalle y se detuvo en la esquina, con la Honda encendida, como si estuviera en boxes preparada para salir a disputar una carrera.

-Rafa, escuchame. Vamos a esperar acá hasta que aparezca alguna señora con pinta de ricachona por la vereda y ahí pasamos por al lado a los pedos y cuando yo te diga, le tiras de la cartera, ¿entendiste?

-¡Pero vos estás loco! Ni en pedo.

-Dale, cagón. No pasa nada. Son dos segundos. Nos llevamos una cartera, conseguimos la guita y nos borramos. Muy fácil.

-Pero eso es robar. Y nosotros no somos chorros.

-Obvio que no somos chorros. Esto es una situación extrema. Va a ser la única vez. Te lo prometo.

Rafa se quedó un momento desorientado, sin entender cómo habían llegado a aquella situación. Luisito, por su parte, se agachó y de su media que le cubría el tobillo derecho sacó un cortaplumas.

-No, Luis. Vos estás totalmente loco. Ni en pedo agarro eso.

-¡Uy, boludo! No es para usar. Es para tenerla y mostrarla, por las dudas.

-¡No! Rajemos y llevame a mi casa.

-Olvidate, Rafa. Ya estamos acá y me vas a tener que hacer el aguante.

En ese momento, Luis arrancó la moto a toda velocidad, sin darle a su amigo la oportunidad de bajarse. Rafa no pudo más que aferrarse al cuerpo del conductor que a unos cincuenta metros bajó un poco la velocidad al ver que ya tenía a una víctima en la mira. “Ahí, ésa Rafa. Cuando pase justo por al lado, vos tirá de la cartera ¡Es ahora o nunca!”, indicó Luisito a su acompañante que miraba como una señora de unos 50 años, se acercaba al cordón de la vereda, con su cartera en mano, para cruzar Lavalle por la mitad de la calle.

Fue una ráfaga en la que la moto se colocó en paralelo a la mujer y al grito de “¡Ahora!” de Luis el tiempo se congeló para Rafa, quien hasta ese momento sudaba tan rápido como el desplazamiento del rodado. El joven, preso del pánico, no se movió y Luisito perdió el equilibrio, por lo que ambos cayeron de la moto. La señora, sin entender lo que ocurría, se quedó en el lugar, como tratando de auxiliar a esos dos chicos descontrolados ante la posibilidad de que se hubieran lastimado. Rafa quedó atontado en el suelo pero Luis se reincorporó, con una mano sacó el cortaplumas y con la otra le arrebató la cartera a la mujer, quien al ver aquella arma improvisada empezó a gritar y pedir ayuda. Fue todo tan fugaz que el inexperto ladrón le gritó a su cómplice que se subiera a la moto para huir, pero cuando Rafa quiso pararse, la víctima lo agarró de los pelos y lo empezó a cachetear, por lo que el chico se defendió con algunos golpes

tratando de zafar y acercarse al rodado. En ese momento, varios transeúntes se agolparon rápidamente en el lugar, así que Luis huyó en la moto abandonando a Rafa, quien ya tenía a un grupo de personas encima que lo mantenía reducido en el suelo. Y ya no hubo escapatoria posible.

Minutos después, la Policía llegó y se lo llevó detenido a la primera de Quilmes, ubicada a pocas cuadras de allí. Durante el viaje en patrullero, el joven permaneció mareado y con un fuerte dolor de cabeza, por lo que mantuvo sus ojos cerrados. No quería ver. Sólo alcanzó a mirar de reojo al ayudante Romero, quien lo había esposado y subido al móvil. Mientras tanto, la señora asaltada tuvo que ser asistida por médicos de un servicio de emergencias que habían arribado en una ambulancia y que le curaron unas lesiones leves.